Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© HRM Ediciones. 2023

Publicado por Historia Rei Militaris SL Calle Aguarón, 22-local dcha. 50014 Zaragoza www.hrmediciones.com

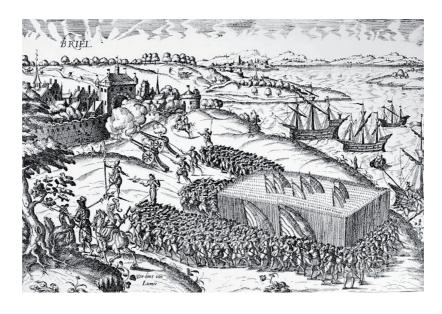
> Autor Maquetador Diseño de portada Cartografía Coordinador editorial

Ignacio José Notario López José Antonio Gutiérrez López José Antonio Gutiérrez López Iván Notario López Francisco Medina Portillo

ISBN 978-84-17859-69-5 Depósito Lega. Z 898-2023

Impreso en España

La guerra sin fin



Ja guerra de los 80 años. Vol. 2

Ignacio José Notario López

www.hrmediciones.es



Indice

El gobierno de Don Juan
Contraataque
Muerte de Don Juan
La batalla de Borgerhout
El asedio de Maastricht
Salida de las tropas reales
El regreso de D'anjou
Guerra en Frisia
Muerte de Anjou y de Guillermo 169
Ingleses en Flandes
El asedio de Amberes
Empel
Traiciones en Flandes
Anexos
Bibliografía





El gobierno de Don Juan

«¡Miserable Flandes! Por todos lados cubierto de armas, y de suerte despedazado, que se podía dudar, cuales le afligiesen más, las propias, o las forasteras; y cuales mostrando ayudarle, se valiesen de títulos más hermosos» (Bentivollo, 1678)

El 1 de mayo de 1577, el nuevo gobernador de Flandes, don Juan de Austria finalmente entraba en Bruselas para tomar posesión de su cargo.

La salida de los Estados de las tropas extranjeras (españolas y de otras nacionalidades) era un factor para tener en cuenta, por lo que podría decirse que Felipe II deseaba intentar una política más conciliadora o al menos, de mantenerse a la expectativa y dejar las operaciones militares pospuestas al menos de manera temporal.

Poco después don Juan recibió las primeras peticiones por parte de los flamencos: «Que echase de su compañía a todos los extranjeros porque no se sirviese de su consejo: que permitiese a los Estados Generales estar congregados en Bruselas el tiempo que quisiesen, y que mandasen cuanto antes hacer junta general de las provincias y ejecutar los decretos de ella, que permitiese que los disputados conservasen los soldados que tenían levantados hasta tanto que acabasen de salir los extranjeros, y que tan poco los despidiesen después hasta que les pareciese: que confirmase los diputados hasta que acabasen de recoger dineros para pagar lo que debían, y que consintiese que los diputados de cada provincia se juntasen de por sí sin consentimiento del Gobernador de la Provincia: que aprobase la liga que entre ellos tenían hecha, y la confirmase

con decreto del consejo de Estado: que declarase que en virtud del capítulo quinto del Edicto Perpetuo se restituyese, cualquiera de los Estados el privilegio, libertad o uso de que se hallase que había sido despojado»(Carnero, 1625).

No cabe duda de que los flamencos se encontraban envalentonados tras el Edicto Perpetuo y la salida de las tropas. Por el contrario, pedían conservar las suyas y la libertad para recaudar fondos, lo que dejaba prácticamente sin capacidad real de gobernar a don Juan, mientras el príncipe de Orange desde Bergen opZoom (a escasos cien kilómetros al norte de Bruselas) seguía moviendo sus hilos. Había quedado este bastante sorprendido y momentáneamente paralizado pues no pensaba que el gobernador (ni por supuesto Felipe II) fueran a aceptar las condiciones del Edicto, mucho menos cuando se había actuado con tanta dureza hasta el momento.

Las verdaderas intenciones de Guillermo de Orange salieron a la luz, cuando puso todo tipo de trabas al acuerdo. La idea defendida por tantas obras desde hace siglos, sobre los supuestos motivos para su rebelión (los derechos pisoteados de los flamencos) salta en pedazos observando sus hechos: «Les imploró (Guillermo de Nassau a los firmantes flamencos del Edicto), por tanto, que tuvieran piedad del pobre país y que salvaran a la gente de caer en la trampa...se habían precipitado con el corazón sobre la lanza... la única diferencia entre don Juan y Alba o Requesens era, que él era más joven y más alocado que sus predecesores, menos capaz de esconder su veneno, más impaciente de sumergir sus manos en sangre» (Motley, The Rise of the Dutch Republic - Complete (1566-74)). Lisa y llanamente, Guillermo de Orange quería el poder para sí mismo. «Él (Guillermo) les había preguntado (a los representantes de Holanda y Zelanda): si estaban dispuestos a apoyar otra guerra sangrienta para la defensa de su religión, incluso si el nuevo gobernador reconocía todos sus otros privilegios» (Louis Aubery, 1688).

Convenció a las provincias de Holanda y Zelanda, donde contaba con más apoyo y alguna ciudad más, de firmar el acuerdo con la condición de denunciar el tratado si las tropas españolas no salían de Flandes. Curiosamente, desde el primer momento corrieron rumores que los Tercios se escondían en zonas cercanas para volver en cualquier momento. Estos comentarios se basaban en unas supuestas cartas interceptadas entre Felipe II y el secretario de su hermano, Escobedo.

Para forzar la negociación con don Juan, en enero de 1577 se había firmado la que sería la primera «Unión de Bruselas». Fue sancionada por representantes de distintas Provincias para mostrar un frente unido al

gobernador en su decisión de que este aceptara el acuerdo de Gante. Los objetivos reales radicaban en controlar la expulsión de tropas extranjeras, mantener la autoridad real y el catolicismo. Este acuerdo, de efímera existencia, pues no llegaría al año de vida, fue incluso aceptado por las provincias de Holanda y Zelanda, dejando de lado temporalmente la cuestión de la religión.

Don Juan intentó desde el primer momento llegar a un acuerdo con el Taciturno para garantizar su lealtad y la paz, produciéndose varios encuentros entre delegados de ambas personalidades, aunque de poco sirvieron.

Mientras, con objeto de evitar provocaciones, don Juan derrochaba su simpatía reforzada con la buena imagen y reputación que contaba por toda Europa, especialmente tras la victoria de Lepanto, tratando de ganar los corazones de los flamencos. A tal punto llegó su ánimo de evitar desórdenes que cedía a las provocaciones como la producida durante una comida en el ayuntamiento de Amberes. Allí, su escolta personal de ochenta arcabuceros, con la excusa de ocupar un asiento que no les correspondía, fue desarmada, expulsada y alguno de sus componentes heridos por un grupo de trescientos hombres pertenecientes a una milicia local. Don Juan tuvo que volver sin sus guardias tras el acto. A pesar de la afrenta y de su pérdida de autoridad delante de los miembros del ayuntamiento, no elevó ninguna queja, y los regidores no sancionaron la acción de quienes la habían provocado.

Pero la propaganda contra él era incesante, así como las intrigas. Dos caballeros franceses fueron detenidos, acusados de intentar capturar a don Juan y trasladarse a la Rochelle. Tras una investigación fueron liberados por los Estados Generales, junto con excusas al duque de Alençon¹ (Francisco de Anjou), séquito del que formaban parte los detenidos. Pero el gobernador comenzó a darse cuenta (si no lo había hecho ya) que la situación no discurría por los cauces que intentaba imponer.

Se habían formado tres bandos en la sociedad de Flandes; por un lado, los partidarios de la corona, denominados «Johanistas»² o «Juanistas», los del

¹ Francisco de Francia, Fontainebleau (Francia) 1555-Château-Thierry (Francia) 1584. Hijo del rey Enrique II, fue uno de los líderes de los «malcontents» (descontentos), grupo que buscaba oponerse a la monarquía absoluta de Enrique III. No dudaron en aliarse con los hugonotes ya que también decían defender la libertad religiosa. Por supuesto uno de sus objetivos es que fueran ellos un grupo de influencia en el monarca. Años después jugaría un papel importante en Flandes aliado con Guillermo de Orange, por lo que no es descartable que ya en una época anterior quisiera intervenir en los asuntos de las Diecisiete Provincias.

² En alguna fuente a estos partidarios se les denomina de manera bastante parcial, como «Así como también por los renegados neerlandeses» (Motley, The Rise of the Dutch Republic - Complete (1566-74)).

Príncipe de Orange (estos eran los «Anti Johanistas») y los que nadaban entre dos aguas, prefiriendo seguir al gobernador antes que seguir a los rebeldes.

Ocurrió un suceso que ayudó a enconar aún más las posiciones. Un sastre de Malinas (ciudad de mayoría católica) apellidado Panis fue detenido, acusado de predicar la doctrina protestante y promover una reunión religiosa. El acusado negó los cargos, aunque reconoció haber asistido, pero sin realizar predicación ninguna. Fiel a sus convicciones se negó a delatar a los promotores u a otros asistentes, como también a renunciar a su fe, por lo que fue condenado a muerte. A su ejecución acudió el propio Don Juan, lo que fue ampliamente criticado, y los ánimos se encresparon³.

Otro punto de fricción fue el dinero que debían reunir los Estados Generales para pagar a los mercenarios alemanes que aún permanecían en las Provincias. Ante la imposibilidad de reunir el dinero necesario se propuso solicitar un préstamo a la corona de Inglaterra. No dio don Juan su aprobación, ya que pensaba que la propuesta partía del propio Guillermo de Orange; «Pero don Juan juzgando no ser conveniente empeñar las rentas del País a la Reina más de lo que ya estaban» (Carnero, 1625).

La decisión fue malinterpretada, de manera consciente o no, pensando que se pretendía el mantenimiento de los alemanes para que don Juan dispusiera de ellos a su voluntad.

Ese fue el motivo por el cual se encontraba el de Austria en Malinas, negociando con los coroneles de los regimientos y con Felipe de Croÿ, tercer duque de Aarschot⁴. Allí fue donde este le presento una serie de documentos relatando diversos complots en los que se detallaban varias amenazas, ya fuera para capturar a don Juan y obligarle a acatar las decisiones de los Estados. o incluso asesinarle⁵, mientras que de otros nobles como el Vizconde de Gante⁶ recibía información similar. El Taciturno también contactaba con varios coroneles alemanes para intentar atraerse a su bando a sus regimientos una

³ Este suceso es prácticamente desconocido por las fuentes españolas. Por otra parte, las neerlandesas obvian que la acusación y sentencia de Panis fue realizada por el ayuntamiento de Malinas y no por don Juan.

⁴ Ver «El laberinto de Flandes, la guerra de los ochenta años. Volumen 1».

⁵ No está del todo claro donde se entregaron a don Juan de Austria estas pruebas, algunas fuentes narran que fue en Bruselas al regresar de Malinas mientras que otras afirman que fue en esta última ciudad.

⁶ Roberto de Melun y Werchin, Vizconde de Gante. Gante 1550-Amberes 1585. Noble flamenco de los que se encontraban a medias de los dos bandos. Aunque aportó información a Don Juan, a continuación, se alinearía con los Estados Generales. Posteriormente cambiaría de bando, muriendo en el sitio de Amberes a las órdenes de Alejandro Farnesio.

vez estallaran las cada vez más probables hostilidades. Fue en este momento cuando don Juan se desengañó por completo de intentar encontrar una solución negociada, sintiéndose traicionado por los Estados Generales tras haberse esforzado para intentar llegar a la paz. También se sintió engañado por Guillermo de Orange que, mientras maniobraba para que fuera capturado, en las cartas que se intercambiaban en las negociaciones le saludaba como: «Vuestro muy afectuoso hermano y amigo, para serviros» (Motley, La révolution des Pays-Bas au XVI siecle, 1861).

Despachó entonces a su secretario Escobedo a España para informar a su hermano el rey de cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Don Juan sabía que tenía que hacer algo y, tras conferenciar con alguno de los nobles leales, sobre todo con el barón de Hierge, Charles de Berlaymont⁷, decidió buscar refugio en la ciudad de Namur, más próxima a la provincia de Luxemburgo, donde podría esperar la previsible llegada de refuerzos por tierra.

Por el contrario, el conde Pedro Ernesto de Mansfelt⁸ era partidario de la cautela ya que ese movimiento significaría una excusa para los rebeldes: «El ocupar, decía (Mansfelt), el castillo de Namur será sin duda un tocar generalmente al arma, que luego las pondrá en la mano a los flamencos por todas partes. ¿Qué otra cosa desea la facción del Orange? ¿Cuánto se gozará, viendo, que don Juan es el primero a usar de la fuerza?» (Carnero, 1625).

Aun siendo razonable el argumento de Mansfelt, la situación era insostenible para el gobernador, cuyo poder real era prácticamente inexistente, por lo que se decidió por el curso de acción menos conservador y que desembocaría en la reanudación de la lucha, por otra parte, inevitable.

Namur

Aquí fue donde se dirigió don Juan de Austria, sabiendo que todo iba a cambiar. Tratando de ganar tiempo para que su hermano desde España tomara la decisión de enviarle tropas, se utilizó la excusa de la visita de la hermana del rey de Francia, Margarita de Valois⁹. El gobernador acudiría

⁷ Ver«El laberinto de Flandes, la guerra de los ochenta años. Volumen 1».

⁸ Ver «El laberinto de Flandes, la guerra de los ochenta años. Volumen 1».

⁹ Margarita de Valois o de Francia. 1553 Saint-Germain-en-Laye-1615 París. Casada de conveniencia con el futuro Enrique IV se encontraba en medio de las tensiones entre los protestantes y católicos. Su figura ha pasado a la historia de manera deformada por la visión que dio de ella Alejandro Dumas en su novela «La reina Margot».

en teoría para presentar sus respetos a la visitante regia, que en teoría se dirigía a la ciudad de Spa, famosa por sus aguas termales (a unos ochenta kilómetros de Namur) para reponerse de una enfermedad. En realidad, los dos ocultaban sus verdaderas intenciones; Margarita buscaba entablar contactos con los nobles opuestos a la corona española y promocionar una probable candidatura como alternativa a Felipe II, la de su hermano Francisco de Anjou¹⁰. Don Juan buscaba conseguir un punto fuerte para resistir en caso de ser atacado y Namur, con su fortaleza en la confluencia de los ríos Mosa y Sambre, era un lugar ideal. Incluso es probable que hubiera otra razón como se insinúa en alguna crónica; «Si ya no se ocultaba otra cosa debajo de estas aguas» (Estrada, 1748)¹¹.

El castillo de Namur se encontraba bajo la custodia de los hijos de Charles de Berlaymont, y allí se dirigió don Juan una mañana en la que supuestamente había salido temprano para una jornada de caza.

Con la excusa de visitar la imponente fortaleza don Juan, con un puñado de seguidores y su escolta, entró en el edificio y anunció al castellano: «Que estuviese sin recelo, porque él no usurpaba lo ajeno, sino restituía a su Majestad lo que era suyo; vuelto a los que le acompañaban, y dándose el para bien, de que aquel era el primer día de su Gobierno, pues hasta entonces solo el nombre había tenido de Gobernador» (Bentivollo, 1678). A continuación, envío cartas a los Estados Generales informándoles de las conspiraciones contra su persona de las que tenía noticia. De manera simultánea a los hechos de Namur se intentó ocupar la ciudadela de Amberes, pero el teniente del castellano que lo intentó fue hecho preso el uno de agosto y muertos varios de sus soldados alemanes, , con lo que los Estados se hicieron con el control de la fortaleza, así como en el resto de las Provincias.

A las cartas del gobernador los representantes de los Estados Generales contestaron que si don Juan se presentaba en Amberes se investigarían las acusaciones y los culpables, si se hallaban, serían castigados. Por supuesto, la respuesta fue negativa, ya que se les exigía que los partidarios de Guillermo y sus fuerzas fueran expulsadas, algo que no se contempló, así como mantener

¹⁰ Algo que se haría realidad poco tiempo después.

¹¹ Don Juan de Austria tenía ganada una gran fama de conquistador, especialmente durante su estancia en Italia tras la victoria de Lepanto. Sobre la propia Margarita, a la que conoció en persona cuando atravesó Francia para llegar a Flandes, había exclamado: «Su belleza es más divina que humana...pero más dispuesta a destruir el alma de los hombres que a bendecirla» (Motley, The Rise of the Dutch Republic - Complete (1566-74)). Por otra parte, los españoles conocían los motivos ocultos de la visita de Margarita.

la tradicional potestad de los gobernadores de nombrar los cargos y controlar las fuerzas militares.

El Taciturno aprovechó la ocasión para difundir unas supuestas cartas en las que don Juan instaba a Felipe II a retomar las armas para recuperar el control de Flandes: «Es imposible, decía (Guillermo de Orange) que la acción de don Juan en Namur no haya sido anticipadamente concertada en España. Y por tanto se debe presuponer, que las armas del Rey, poco antes llevadas a Italia, se verán bien presto conducidas a Flandes. Es, pues, forzoso el prevenirse contra ellas, echar a don Juan luego de Namur, quitarle de la mano un paso tan importante. Enciérrese luego en su fiel Provincia de Luxemburgo, y entonces probará, de cuan poco servicio le es el desunir aquella sola del consentimiento uniforme de todas las otras» (Estrada, 1748).

Mientras, la ciudadela de Amberes, ordenada erigir en 1572 por el duque de Alba, era demolida hasta sus cimientos. La estatua del duque, que había sido retirada por Requesens, fue despedazada y fundida, guardándose como trofeos pequeños trozos por los amberinos: «Derríbanla en el suelo: acométanla con las espadas: descargan sobre ella golpes con destrales: y, como si cada herida causase dolor, y sacase sangre, así se gozaban con aquella muerte imaginaria» (Estrada, 1748). Alguna ciudad más siguió el ejemplo acabando con su fortaleza, para que no pudiera ser usada por ningún bando en la previsible guerra que se desataría, en un intento de evitar la ocupación, así como los gastos y riesgos que conllevaba. Además, el siete de septiembre los representantes flamencos declararon a don Juan de Austria «Enemigo del país» y «Violador de la paz».

Los Estados Generales hicieron caso a Guillermo, pero no dejaron de negociar mientras enviaban mensajes al rey en los que denunciaban los supuestos abusos de su hermano, incluyendo la supuesta falsificación de las cartas que empleaba como prueba.

La contestación real fue clara: «Que se les dijese a los Estados, que dejasen las armas, que no admitiesen al de Orange, que estuviesen al Edicto Perpetuo» (Estrada, 1748).

Aunque pueda parecer lo contrario, el acuerdo estuvo a punto de producirse en los mismos términos que el acuerdo de Gante, llevándose a cabo los asuntos pendientes, como el pago, licencia y abandono de Flandes por parte de los regimientos alemanes. Pero los diputados autorizaron a Guillermo a entrar en Bruselas, algo que hizo el 23 de septiembre, siendo gozosamente acogido por sus habitantes.

Una de sus primeras decisiones, a pesar de que había reiterado que él no quería usurpar ningún poder, fue evitar la firma del acuerdo que ya había sido aceptado por las Provincias y que tan solo faltaba ser ratificado por los Estados. Lo hizo añadiendo más cláusulas al tratado ya acordado, que fueron consideradas vejatorias e insultantes por don Juan. Todas sus acciones quedarían sujetas a los Estados Generales, las escasas tropas leales con que contaba serían disueltas, se entregarían todas las fortalezas, como Namur, debería permanecer en Luxemburgo hasta que se le autorizara regresar a Bruselas y, como garante del acuerdo, se sumaría la reina Isabel de Inglaterra. Fue un movimiento realizado a propósito para evitar la paz y reanudar la guerra, a la que don Juan ya se vio abocado sin remedio. En vista de ello se trasladó a Luxemburgo para esperar los previsibles refuerzos, dejando Namur todo lo guarnecida que pudo.

Como si más altas instancias hubieran decidido ya que el conflicto se resolvería por las armas, un cometa surco los cielos de Flandes: «Se vio un cometa de tan atroz aspecto, que discurrían los matemáticos, que ninguno hasta entonces se había visto de más terribles amenazas, creyeron que la publicaba el Cielo, con aquellas funestas luces» (Estrada F., 1681).

El Archiduque Matías.

Un nuevo actor haría su entrada en la tragedia de Flandes. Diversos nobles católicos, tanto partidarios (en teoría) del de Orange como del rey (uno de los principales instigadores fue el duque de Aarschot, que había abandonado a don Juan de Austria en Namur), buscando una tercera opción, dirigieron sus miradas hacia la corte imperial. El elegido fue Matías de Habsburgo¹², hijo del emperador Maximiliano II (fallecido el año anterior), hermano del actual Rodolfo II y sobrino de Felipe II, al que le ofrecieron el cargo de gobernador, por supuesto sin conocimiento ni autorización de Felipe II (y tampoco de su hermano el emperador) ni de Guillermo de Orange. Matías contaba con tan solo veintidós años y no tenía ningún papel de relevancia en la corte imperial, por lo que el acceder a ocupar un papel en la revuelta de Flandes puede ser visto como un intento de labrarse un nombre y una reputación.

¹² Matías de Habsburgo, Viena 1557-1619. Tras su «aventura» en Flandes llegaría al trono imperial en 1612 debido a la enfermedad mental de su hermano. Su reinado estaría marcado por los conflictos en la frontera húngara contra el imperio otomano. En su último año de vida estallaría la guerra de los 30 años.

Por todo ello Matías aceptó y salió a escondidas de Viena con un puñado de seguidores. dirigiéndose hacia Amberes, a pesar de que se cursaron órdenes para detenerle. Guillermo se dio cuenta que la llegada del hermano del emperador, a pesar de relegarle aparentemente del poder, podía ser una oportunidad a la que agarrarse pues su influencia en la corte imperial podría obligar a Felipe II a reconsiderar su política. El de Orange contaba ya con el apoyo total de Isabel de Inglaterra, cuyos intermediarios negociaron con el marqués del Havré¹³ (hermano del duque de Aarschot) aceptar a Matías a cambio de que el Taciturno fuera nombrado su segundo al mando. Se intentó justificar la elección de un nuevo gobernador aduciendo que: «Habiendo faltado don Juan a lo que debía, y con el ejemplo de los Gobernadores pasados, procurado también oprimir a Flandes, en lugar de regirle...habían hecho esta elección por evitar el peligro de que otros Príncipes entrasen en Flandes y afirmasen el pie» (Bentivollo, 1678). El primero de los motivos no es sino una excusa, pues poco pudo oprimir el gobernador en poco más de cuatro meses y con el nulo poder real que tuvo. La segunda de las motivaciones sí tenía algo de realidad, pues posiblemente ya se rumoreaban por Flandes las intenciones de Francisco de Anjou.

El resultado fue que Guillermo recibió con toda la pompa a Matías en Amberes, reconociendo su cargo y, a cambio, el veintidós de octubre nombró a su nuevo lugarteniente «Ruwaard van Brabant»¹⁴.

Seis días después ocurriría otro suceso de importancia. En la ciudad de Gante se estaban llevando a cabo conversaciones entre católicos y protestantes con la presencia del propio Aarschot. Dos de los asistentes, fervientes partidarios del Taciturno, Ryhove y Hembyse¹⁵ propusieron a este usar la fuerza para imponerse sobre los partidarios de Aarschot. No está clara la participación de Guillermo de Orange en lo sucedido, aunque, como mínimo, no intentó detener los hechos de los que previamente había sido informado. Además, alguna crónica denomina a Ryhove como «*Una criatura del príncipe de Orange*» (Louis Aubery, 1688). Por otro lado. Hembyse espetó

¹³ Ver«El laberinto de Flandes, la guerra de los ochenta años. Volumen 1».

¹⁴ Las crónicas españolas denominan el título como «Conservador de Brabante». En Brabante históricamente se empleaba como un cargo temporal, a la espera de confirmación por el monarca. En el resto de Flandes se consideraba como una especie de regente.

¹⁵ François de la Kethulle van Ryhove, Wondelgem 1531- Utrecht 1585, y Jan van Hembyse, Gante 1513-1584. Líderes protestantes siendo bastante más radical el segundo que el primero. Los dos defendían el empleo de las armas para lograr sus objetivos.

a Aarschoten plena calle «*Ya cerraremos la boca a esos díscolos* (haciendo referencia a los que no apoyaban sin reserva a su causa) *pasándoles al cuello un collar de cáñamo, aun cuando fueran sostenidos por el príncipe de Orange*» (Kassolt, 1844).

Se dieron dos golpes de estado, tanto en Gante como en Bruselas, y se intentó apresar a dirigentes como el propio Aarschot, Frédéric Perrenot de Granvelle de Champagney¹⁶, y los obispos de Brujas e Ypres. Este último logro escapar, pero el primero debió entregarse cuando una horda enfurecida intentó quemar el edificio en el que se refugiaba, aunque sería liberado varias semanas después, no teniendo tanta suerte el resto de los católicos apresados.

Tanto en Bruselas como en Gante se establecieron consejos denominados «Achttienmannen» (dieciocho hombres, en referencia al número de componentes). En meses posteriores se desataría una nueva «Beeldenstorm» (tormenta de estatuas o furia iconoclasta) que no se limitaría a las imágenes religiosas, ya que un grupo de monjes serían condenados a morir en la hoguera. El fanatismo calvinista llegó a tales extremos que en 1579 se llegó a desenterrar el cadáver de Viglius van Aytta¹⁷ que se encontraba en la catedral de San Bavón de la ciudad, por haber sido católico y partidario de la monarquía.

La violencia que desatarían los protestantes contra los católicos marcaría aún más las diferencias entre las dos confesiones, enconando más sus posiciones. El propio Guillermo tuvo que intervenir para impedir las persecuciones, sabedor de las consecuencias que tendrían estos hechos, especialmente la pérdida de apoyos entre gran parte de la sociedad flamenca del sur de Flandes.

Estos sucesos y, sobre todo, los esfuerzos del Príncipe de Orange, llevaron a la firma en Bruselas el 10 de diciembre de un nuevo acuerdo por parte de católicos y protestantes. La que sería conocida como la «Segunda Unión de Bruselas» reconocía el derecho a la libertad religiosa, al apoyo mutuo contra los enemigos externos de las Diecisiete Provincias y el reconocimiento como «Gobernador General» de Matías deHabsburgo. Por supuesto, su poder era más teórico que real, siendo una mera imagen representativa ya que todas sus acciones debían ser aprobadas por los Estados, incluidas las relativas a su escolta personal. Tal era que los flamencos le denominaron

¹⁶ Ver«El laberinto de Flandes, la guerra de los ochenta años, Volumen 1».

¹⁷ Ver«El laberinto de Flandes, la guerra de los ochenta años, Volumen 1».

«Greffier» («empleado»), en referencia a que todas sus decisiones estaban subordinadas al control real de Guillermo de Orange.(Motley, The Rise of the Dutch Republic - Complete (1566-74)).

Para garantizar la lealtad de los miembros de los Estados se les exigió el siguiente juramento: «Que obedecerían al Archiduque Matías, Supremo Gobernador de Flandes, y que le defendería con sus haciendas, y con su sangre, hasta que el Rey, y los Estados, creasen otro: más que con el Austriaco, se portarían, como con enemigo» (Famianus Strada, 1655). No dejaba de ser un sinsentido que mientras que se exigía lealtad a Matías hasta que el rey (o los Estados) nombraran otro, al designado por el monarca se le opondrían.

Estas maniobras políticas se reforzarían al mes siguiente con la firma de una alianza con Inglaterra, por la cual Isabel entregaría cien mil libras, así como un contingente de tropas, cuyo comandante tendría voto en las decisiones políticas. A esto se añadían las facilidades para el reclutamiento de varias unidades de mercenarios, principalmente escoceses, que fueron reclutados por los «Achttienmannen». El comportamiento de estos regimientos con los civiles, tanto protestantes como católicos, fue censurado prácticamente desde su llegada.

Sabían los rebeldes que Felipe no se resignaría a la situación, por lo que comenzaron a disponer la defensa. Los objetivos eran dos, por un lado, ocupar o al menos sitiar Namur, y por otro reforzar Maastricht, que se preveía como el punto de entrada de los atacantes desde Alemania.

Para conseguir más tropas los Estados Generales realizaron peticiones a Juan Casimiro¹⁸, príncipe del Palatinado¹⁹ que reclutó un nutrido grupo de mercenarios que puso a su disposición entrando en Flandes. Esto se hizo a pesar de que el Emperador había asegurado a Felipe II que no intervendría en los asuntos de Flandes, salvo para mediar entre las partes si se le solicitaba, en una muestra de lo limitado del poder imperial sobre gran parte de sus nobles.

Así algunas fuerzas llegaron a las proximidades de Namur y de Luxemburgo, donde se produjeron algunas escaramuzas de poca entidad y sin ningún resultado decisivo. En una de ellas fueron muertos dos españoles a los que; «Sacaron los ojos, cortaron los labios, narices y manos, y los enviaron

¹⁸ Juan Casimiro del Palatinado-Simmern. Simmen 1543-Heidelberg 1592. Príncipe de firmes convicciones calvinistas que ya había combatido del lado de los hugonotes en Francia en 1576.

¹⁹ Palatinado (Pfalz en alemán). Territorio perteneciente entonces al Imperio y actualmente en la República Federal de Alemania. En la época, Juan Casimiro residía en Kaiserslautern.

a Bruselas» (Cabrera, 1619). No eran tropas de calidad, sino milicias de infantería de escasa profesionalidad y algunas compañías de caballería. Perdieron los Estados Generales una oportunidad de oro, pues de haber obrado con mayor diligencia y audacia hubieran podido ocupar Namur y acabar con la importante plaza fuerte. Prefirieron ocupar las ciudades en las que se encontraban acantonados algunos regimientos alemanes, que al no haber recibido sus pagas no habían abandonado Flandes. Dos de estas plazas eran Breda y Bolduque, a las que don Juan envió algunas compañías de alemanes de las escasas fuerzas con las que contaba. No pudieron llegar a socorrer a sus compatriotas pues su número era demasiado escaso y, finalmente, tras sobornar a los soldados los rebeldes, el coronel alemán rindió Breda al no contar con la lealtad de sus hombres.

Mas decisión mostraron las tres compañías que defendían Bolduque que tras resistir varios ataques y recibir el permiso de don Juan. entregaron la plaza ya que: «Como fuese con honrados partidos, no dudasen de entregar la ciudad, la cual en breve se volvería a ganar, sobreviviendo las tropas, que al presente no se podían juntar» (Estrada F. , 1681). De allí se dirigieron a Roermond (Ruremonda en las crónicas, en los actuales Países Bajos), guarnecida también por tudescos. Durante el trayecto y contraviniendo el acuerdo de libre paso, fueron atacados por un regimiento de valones, con tanta fortuna que rechazaron a los rebeldes, capturándoles las banderas y causándoles cuatrocientas bajas.

Roermond se encontraba guarnecida por el barón de Polbeyra (o Polvvijeler), y de manera continua recibía mensajeros de los sitiadores en el que le informaban que don Juan había sido derrotado y: «Degollado la mayor parte de los españoles» (Vázquez).

Por el contrario, el error (desde el punto de vista militar) de no atacar Namur dio tiempo a la reunión de las unidades al servicio de la corona española para la respuesta que se estaba preparando: «Y en esto hicieron gran hierro porque en el tiempo que ocuparon en ganar las cuatro villas, que tenían los alemanes, pudieron haber echado al señor don Juan de Namur y de Lutzemburg(sic, Luxemburgo), y con esto forzosamente rindieran los alemanes las villas. Pero como el Príncipe de Orange no atendía sino a su conversación, eso era lo que más procuraba de encaminar» (Carnero, 1625).